

Entre la teoría general y los datos: las teorías de rango medio en el Análisis Reticular de Discurso

Juan Ignacio Fariña — FFyL (UBA)

xanignacio@hotmail.com / www.antropocaos.com.ar

UBACyT F 155 - Grupo Antropocaos

Introducción

El estudio del discurso se ha vuelto, desde hace algunas décadas, central en las diferentes ciencias sociales. En un espectro muy amplio, diferentes teorías y disciplinas otorgan diversos puntos de vista, sobre la base del acuerdo en la importancia que reviste para el estudio de lo social.

En nuestro caso, el grupo se encuentra explorando las posibilidades de un abordaje novedoso en términos metodológicos, el Análisis Reticular del Discurso, que busca aplicar el potencial analítico del Análisis de Redes Sociales al estudio de la producción discursiva. Sin embargo, toda metodología supone un marco teórico en que desarrollarse.

El objetivo en este trabajo es justamente dar cuenta de ese marco teórico que guía nuestras exploraciones. Para ello tomamos como eje la idea de la necesidad de una articulación entre una teoría general, en nuestro caso sobre la ideología, y diferentes teorías de rango medio, aportes teóricos más específicos que brinden dispositivos analíticos más detallados. A continuación, entonces, repasaremos el recorrido teórico que va desde la teoría de la ideología de van Dijk, con sus fortalezas y debilidades, a la teoría de Argumentación en la lengua y la teoría de la Narrativa, proponiendo hipótesis puntuales para su articulación en función del aprovechamiento del ARD como herramienta metodológica.

Este trabajo también tiene el objetivo de brindar un marco general para la exposición de los trabajos de los demás compañeros del grupo de ARD, que presentarán diferentes aplicaciones metodológicas valiéndose del marco teórico que aquí se presenta.

La teoría general: van Dijk

El marco teórico general que el grupo emplea se basa en la propuesta socio-cognitiva de la ideología de Teun van Dijk (1999). En un área de estudio muy transitada desde varias disciplinas, el autor comienza por demarcar su planteo separándose de la tradición teórica de la ideología que, desde el marxismo, postula diversas formas de entenderla aunque manteniendo una noción relacionada con la falsa conciencia, el ocultamiento de la realidad política y económica de alienación, etc. Estas lecturas relacionadas con la dominación y el

poder encuentran una reelaboración particular en Gramsci y su teoría de la hegemonía. Sin embargo, van Dijk intenta postular una concepción más general de la ideología, según una tendencia que se va perfilando en la segunda mitad del siglo XX, en torno a la idea de sistema de creencias.

Podría decirse que la potencia mayor que muestra esta teoría radica en que vincula dos dimensiones del fenómeno ideológico que tradicionalmente han sido priorizadas una en detrimento de la otra, la cognitiva y la social, a través de la interfase del discurso. Intentando superar aquella dicotomía, van Dijk propone un esbozo teórico según el cual la ideología no es un fenómeno inherentemente cognitivo, social o discursivo, sino que al menos implica las tres cosas al mismo tiempo siendo este último la interfaz que vincula la estructura social y la cognición social (1999: 21). Será tarea de la teoría — eminentemente multidisciplinaria— aclarar los alcances de esta afirmación y las particularidades de la articulación entre esos tres niveles. La “materia prima” de la ideología es de orden cognitivo, pero ella solo puede tener lugar y se constituye como tal en el marco de un grupo social y se manifiesta fundamentalmente, o de manera más patente, en el orden del discurso. Siguiendo, entonces, el desarrollo lógico de la teoría en nuestra exposición vamos a sintetizar el esquema teórico dando cuenta de su dimensión cognitiva, social y la forma en que el discurso articula ambos.

Lo primero que es necesario definir en un enfoque de la dimensión cognitiva de la ideología es de qué se constituye, cuáles son sus componentes. Estas unidades mínimas de la cognición son las *creencias*, definidas como los productos del pensar y radicados en la memoria. Ahora bien, las creencias que importan para la definición de la ideología son cierto tipo de creencias, o mejor dicho, las que reúnen una serie de características. En primer lugar pueden clasificarse según sean personales, cuando pertenecen a un solo individuo y no son compartidas necesariamente por otros, o sociales cuando son compartidas por un grupo de individuos. En segundo lugar, pueden ser particulares, es decir, referidas a un episodio particular y un contexto, o pueden ser generales, abstractas y desligadas del contexto. Por último, las creencias pueden ser fácticas, referidas a lo que creemos que sucede, es verdadero o falso, o pueden ser evaluativos, o sea, opiniones que expresan determinados estados de ánimo frente a las cosas sin importancia de su estatuto de verdad.

En otro orden de cosas, también debe establecerse la distinción entre creencias culturales y grupales. Las primeras son aquellas que comparten todos los miembros de una cultura o

sociedad mientras que las segundas sólo son compartidas al nivel de un grupo dentro de esa sociedad. Esta diferencia resulta crucial a la hora de definir los criterios que gobiernan la distinción anterior (creencias fácticas/evaluativas). Es decir, el criterio que define la distinción entre el carácter fáctico y evaluativo de una creencia es el consenso a determinado nivel de organización, sea grupal o cultural. Así, aquellas creencias que resultan fácticas al nivel del grupo suelen ser evaluativas a nivel cultural ya que no son compartidas por otros grupos que componen esa cultura.

En síntesis, la ideología es un sistema de creencias sociales generales y abstractas que corresponden a un grupo social y que sirven de base a creencias fácticas (conocimiento) y evaluativas (opiniones y actitudes) específicas de ese grupo. Al introducir la categoría de *representaciones sociales* el autor las define como cualquier conjunto organizado de esas creencias socialmente compartidas (conocimiento y opiniones/actitudes), a los que la ideología sirve de base. Es decir, la ideología es un sistema de creencias sociales, generales y abstractas que sirve de base a las representaciones sociales (1999: 89).

Partiendo de que la ideología, como el lenguaje, se encuentra en el equilibrio entre una estructura estable y cierta flexibilidad relativa al contexto, las estructuras cognitivas fundamentales de las representaciones sociales a los que la ideología sirve de base son: esquemas, guiones y estructuras de la actitud. Por un lado, de una larga tradición en el campo de la psicología cognitiva, el concepto de esquema viene a dar cuenta de la representación mental que los sujetos hacen de los objetos, acontecimientos, personas, etc. Es decir, se trata de los modelos mentales que permiten la representación del mundo real, y que forman parte de cualquier sistema de creencias. Por otro lado, el concepto de guión refiere a situaciones y secuencias de interacción social en la que tienen lugar ciertos roles, temporalidades, lugares y prácticas que son compartidas por los sujetos de forma típica y estándar. Esto supone la existencia previa de un conocimiento compartido de cómo se desenvuelven esas secuencias, organizado de manera tal que puede ser transmitido. Paralelamente también existen estructuras propias de las creencias evaluativas. Las opiniones y actitudes se sirven de criterios y categorías que permiten la evaluación, y estos tienen su origen en los objetivos, intereses y características culturales de los miembros del grupo.

Una vez definidas las representaciones sociales y sus estructuras, es hora de revisar lo que les da sustento, o sea, la ideología y sus estructuras. Para caracterizar la estructura de la ideología

van Dijk plantea que el elemento que resulta de mayor importancia es la dimensión representativa de un esquema de grupo, más que de una matriz argumentativa o narrativa. Es decir, lo que en principio define la estructura de la ideología es la construcción de un esquema del propio grupo en contraposición a otros grupos de la sociedad. En este sentido las categorías que la constituyen son: pertenencia, actividades, objetivos, valores/normas, posición/relaciones de grupo y recursos. De la interacción de estos diversos criterios surge la estructura particular de la ideología, es decir, su contenido específico. La caracterización específica de la estructura de la ideología estará dada por una ponderación de estos aspectos en que uno se impone a los demás, sin que el resto desaparezca. No debería pasarse por alto que van Dijk no especifica de qué tipo de recursos se está hablando, por lo que permite introducir en el esquema una dimensión material —además de la de los recursos simbólicos— fundamental en lo que significa el posicionamiento ideológico de los grupos.

Definido el plano de la cognición individual, las creencias, y el plano de la cognición social, las representaciones sociales y la ideología, surge el problema de cómo se vinculan estos dos niveles. Esto se da a través del concepto de *modelo mental*, el cual es la representación de acontecimientos —su interpretación subjetiva— que tiene lugar en la memoria episódica al momento de la experiencia. Es decir, todo aquello que el sujeto sabe, siente y cree acerca de una situación o un conjunto de eventos conforma un modelo mental de estos. Para nuestros fines nos importan la noción de modelo de acontecimiento y la de modelo de contexto. Podríamos decir que los modelos de acontecimiento en un sentido amplio dan lugar a la semántica del discurso, a *lo que* decimos acerca de ciertos hechos, mientras que los modelos de contexto regulan *cómo* lo decimos en función de la situación de habla específica. Finalmente, el punto crítico acerca de cómo se vincula una instancia social y una individual —por decirlo *grosso modo*— se da a través de estos elementos: existe un ida y vuelta entre las representaciones sociales y los modelos de acontecimiento y contexto que intervienen en los actos de discurso. En un sentido que podríamos llamar *de abajo a arriba* esos modelos son generalizados hasta conformar una creencia o un sistema de creencias, mientras que en un sentido *de arriba abajo* son aplicados y actualizados cada vez que influyen en un evento discursivo particular. Este camino, fundamentalmente en el sentido de arriba abajo, permite dilucidar los elementos de una ideología que se están proyectando en el discurso, como así también dar cuenta de los procesos de cambio en los sistemas de creencias y en los modelos mentales de los actores. En palabras del autor “lo importante, por ahora, es que contamos con los instrumentos teóricos para describir tales procesos, especialmente para analizar lo que

“pasa” entre las prácticas sociales, el discurso y las ideologías” (1999: 118).

Una vez definida la pata cognitiva de la teoría, pasamos a la parte que se corresponde con la dimensión social de la ideología. En este sentido, debe quedar claro que —como reitera suficientemente el autor— si bien son las circunstancias materiales las que definen *objetivamente* la existencia de un colectivo de sujetos, son las representaciones sociales que los miembros de éste comparten, lo que define su constitución como grupo social. Lo social sería, entonces, una entidad emergente de la interacción entre los individuos que componen el colectivo. Esta clara toma de posición en un debate fundamental que atraviesa a las ciencias sociales desde siempre, no puede ser soslayada. Siguiendo en la definición de las condiciones en las que cabe hablar de un grupo pasible de ostentar una ideología, resulta también clave la presencia de un conflicto, entendido como una necesaria distinción del grupo en relación con otros grupos a partir de la disputa de recursos de índole material o simbólica; elemento éste constitutivo también de la identidad. Este concepto central de conflicto social, está entendido en términos generales como aquella situación en la cual un grupo es favorecido por sobre otro en la interacción social. Finalmente, las categorías enumeradas para dar cuenta de los esquemas de las ideologías —pertenencia, actividades, objetivos, valores/normas, posición/relaciones de grupo y recursos— sirven también a la hora de demarcar el perfil de un grupo social. Adaptadas a la dinámica social esas categorías implican quiénes son, qué hacen, qué quieren, en qué creen, dónde se ubican, qué tienen y qué no.

Entrando de lleno en la caracterización de la dimensión social de la ideología, van Dijk se concentra en lo que llama las relaciones de grupo. Dentro de esta vasta área, resalta la definición de poder, que es entendido como un tipo particular de relación social entre grupos en su costado relacionado con el control. Cabe destacar que el poder no implica en este recorte solamente su costado negativo, el abuso de poder que denomina *dominación*. Existe, asimismo, un costado positivo entendido como el ejercicio consensuado del poder en un grupo por parte de uno o varios líderes.

Otro elemento central en esta parte del desarrollo es la que tiene que ver con las instituciones. Estas son, fundamentalmente, la contrapartida práctica de las ideologías, en la medida en que éstas organizan la cognición del grupo y aquellas organizan las prácticas sociales del grupo. Sin embargo, al mismo tiempo, en la medida en que organizan prácticas las instituciones inevitablemente cumplen un papel de reproducción ideológica y esto resulta de suma

importancia para la teoría.

Por último, debemos introducir el elemento que nos permite abordar la ideología, definida ya en términos cognitivos y sociales: el discurso. Van Dijk sostiene que se trata de una interfaz que permite el acceso a los sistemas de creencias que, si bien pueden ser tratados a través de otros “soportes” —las prácticas, sin ir más lejos—, encuentran en el discurso una formulación muchas veces más explícita. Podríamos agregar en este punto que, además, las disciplinas que se ocupan del discurso han logrado un gran desarrollo en lo que a dispositivos analíticos refiere.

El primer paso será, entonces, definir “discurso”. El autor deliberadamente da una definición vaga, tensionada entre una noción estrecha relacionada con la conversación y una definición amplia entendida como géneros y dispositivos culturales que caracterizan una época. Así, el discurso es entendido fundamentalmente como *un acto comunicativo específico* (1999: 246). Para buscar una aproximación menos ambigua hay que remontarse a la tradición del Análisis Crítico del Discurso a la que pertenece van Dijk¹. Podríamos decir que se trata de una concepción del discurso que no se agota en la dimensión estructural de la lengua en tanto código sino que articula la dimensión contextual y socio-política en que se produce.

Siguiendo esta tensión, las categorías que pueden distinguirse para dar cuenta del discurso en su dimensión estructural son el estilo léxico, las proposiciones —en tanto estructuras semánticas— la coherencia local y las macroestructuras semánticas, las relaciones proposicionales, las estructuras retóricas, la pragmática, estrategias de interacción, etc.

En cuanto a la dimensión interaccional, el concepto central es el de *contexto*, que en nuestro caso importa en tanto lo es *para* los hablantes. En función de las categorías definidas en la primera parte, podemos llamarlos modelos de contexto. De nuevo, es en este nivel que se tiende un puente entre las creencias socialmente compartidas y la instancia individual del acto de producción de discurso. Concretamente en la construcción de un modelo intervienen un esquema general sobre la situación, modelos anteriores activados, creencias personales generales, creencias sociales sobre eventos comunicativos, partes previas del discurso, partes previas del texto, etc. Las categorías que definen las distintas dimensiones del contexto son la

¹ Ver van Dijk 1993.

de dominio, género, funciones, intención, propósito, temporalidad, circunstancias, soportes, roles. En cuanto a los actores es fundamental definir los roles que desarrollan, su afiliación, pertenencias, etc.

Esta presentación apretada de los elementos que nos permiten caracterizar el discurso en sus dos dimensiones interactuantes —una focalizada en el producto del discurso y otra en el contexto— nos permite pasar a la parte que completa el esquema teórico de van Dijk, a saber, la vinculación entre el discurso y la cognición, tal como fue caracterizada en la primera parte. El autor sostiene que en la producción del discurso intervienen tres módulos. El módulo pragmático define los actos de habla, la estilística y la retórica, todo aquello relacionado con el modelo de contexto, en tanto se va retroalimentando según éste varía. El módulo semántico es aquél que define las macroestructuras semánticas que se seleccionan para intervenir en el discurso, en función de lo establecido por el módulo pragmático. Por último el módulo de formulación retoma a los dos anteriores para producir estructuras de significación en función de la sintaxis de la lengua; así las estructuras semánticas se proyectan en estructuras sintácticas. ¿Cuál es el papel de la ideología en este proceso? En la medida en que interviene en la construcción de los modelos —de acontecimiento, de contexto, etc. — las creencias que forman parte de la ideología quedan *impresas* en el input del módulo semántico y de formulación y así quedan plasmadas en el discurso.

En este punto vale la pena volver la mirada sobre las estructuras del discurso enumeradas más arriba, a fin de puntualizar en qué medida se relacionan con la ideología a la hora de la producción del discurso. Es necesario, no obstante, tener en cuenta las restricciones del contexto que pueden pasar, por ejemplo, por el tipo de evento comunicativo o los roles de los participantes. Estos aspectos deben ser tenidos en cuenta antes y mientras se desarrolla un análisis de las estructuras ideológicas del discurso ya que son determinantes en su producción. En primer lugar, las macroestructuras semánticas son uno de los terrenos fundamentales en que se inscribe lo ideológico, en tanto suelen ser clave en la construcción de modelos de acontecimiento (es decir, “lo que pasó”). Los significados locales, unidades menores de significación en el discurso, son donde mayormente se incorporan las creencias ideológicas, en aspectos como lo que se enfatiza o se suprime; el nivel de detalle empleado; lo que se explicita o permanece implícito; la coherencia en secuencias de causa/efecto, ejemplos, contrastes, etc.; y la lexicalización. El esquema que adopta el discurso, así como el estilo lexical y gramatical, también puede estar determinado por las creencias. Las estructuras

retóricas son fundamentales, por su parte, en la medida en que están dirigidas a producir un efecto puntual en los modelos mentales que suscita el discurso en el receptor. Lo mismo sucede con las estrategias de conversación que producen lo propio en el plano de la interacción.

Fortalezas, límites y desafíos

A despecho de su quizás excesiva simplificación, creemos haber dejado un esquema claro y completo de la teoría planteada por van Dijk. Es momento, entonces, de hablar de sus puntos fuertes y sus debilidades.

En primer lugar, consideramos que cumple con una de las funciones elementales de una teoría de largo alcance en ciencias sociales, a saber, su aspiración de generalidad. Al menos en antropología, los últimos años han visto una proliferación de estudios que reivindicán el particularismo y renuncian a establecer un mínimo de generalización. Contrariamente, y más cercano a nuestros principios epistemológicos, van Dijk recorta un rango —aunque amplio— de fenómenos y pretende dar cuenta de ellos intentando alcanzar un modelo general operativo. En segundo lugar, su propuesta muestra otro aspecto que es destacable en una teoría general, como ser la articulación de 3 niveles de agregación diferentes. Esto es siempre un problema en ciencias sociales y van Dijk esboza un esquema articulado y coherente de por dónde pasan las relaciones entre cognición, interacción y discurso. Al mismo tiempo, y consciente de las limitaciones de su esbozo, el autor no deja de repetir (1999: 344) que el suyo es un intento modesto de demarcar un campo de estudio interdisciplinario y señalar unos cuantos lineamientos generales.

Ahora bien, en función de lo establecido más arriba, una teoría general como la expuesta aquí necesita ser articulada con teorías de un alcance menor y una precisión mayor. En este sentido, inevitablemente la exposición de van Dijk deja al descubierto vacíos que nos corresponderá a nosotros llenar. Concretamente, cada una de las tres dimensiones puestas en juego en la teoría debe ser complejizada, puesta en diálogo con otras tradiciones y testada en su operatividad para la investigación empírica. Plantearemos a continuación algunas líneas en este sentido.

En lo que tiene que ver con la dimensión cognitiva, podríamos decir que a partir de la explosión de la ciencia cognitiva en las últimas décadas, es necesario discutir los conceptos

que tienen lugar en el planteo de van Dijk. La memoria, el planteo conexionista en relación a las creencias, la definición de los módulos que intervienen en la producción de discurso, etc. son temas que merecen ser ahondados y sobre los que la bibliografía abunda. En cuanto a la teoría social, podríamos decir que es el punto más débil en el esquema de van Dijk. Tanto la sociología como la antropología, discusiones como la de la relación entre agentes y estructura, poder, dominación, identidad y conflicto, tienen mucho que ofrecer a la hora de actualizar el armazón conceptual que la teoría propone. Finalmente, en cuanto al discurso el panorama no es diferente. Si bien cuenta con la ventaja de brindar una perspectiva general que aborda el fenómeno en su completa dimensión, el planteo original merece ser cotejado, discutido y ahondado en relación con los fuertes debates y las corrientes bien constituidas que pueblan el campo del análisis del discurso, la lingüística, etc.

En síntesis, van Dijk nos brinda una posibilidad de diálogo teórico, de complementar su esquema con los debates y entramados conceptuales que cada una de las disciplinas que entrelaza presentan, de contextualizar la teoría en los diversos campos disciplinares que atraviesa. En alguna medida éste es el camino que, empezando por la dimensión de análisis del discurso, el grupo de ARD de Antropocaos se encuentra realizando, a partir del estímulo que representa una herramienta metodológica potente como el Análisis Reticular del Discurso. Esbozaremos los lineamientos de una discusión entre algunas teorías ya clásicas en el plano del análisis del discurso y la teoría de la ideología de van Dijk, con la intención de robustecerla integrando teorías de un alcance intermedio que la complejicen a la vez que la hagan más operativa.

Teorías de rango medio

La idea original de *teoría de rango medio* es presentada por Merton en “Teoría y estructura social” (1949). En el debate de entonces, en plena hegemonía del paradigma parsonsiano en la academia norteamericana, la propuesta de Merton buscaba dar salida a la tensión histórica entre empirismo y racionalismo, que oportunamente se presentaba en torno a la validez de grandes construcciones teóricas abstractas como la teoría funcionalista en sociología. En este debate Merton introduce la noción de una teoría que mediara en términos de producir una generalización, es decir, establecer un grado de abstracción en la formulación recortando un conjunto de aspectos delimitados de la realidad social, pero que pudiera ser sostenido en base

a una robusta evidencia empírica.

En nuestro caso, sin embargo, tomamos la idea de rango medio en un sentido diferente. Específicamente, más que reconciliar racionalismo y empirismo, se trata de ganar en potencia analítica enriqueciendo un esquema conceptual general con esquemas conceptuales más finos². Es decir, la teoría de van Dijk plantea fundamentalmente una serie de relaciones entre campos que a su vez se limita a esbozar (*lo ideológico* en función de *lo social, lo cognitivo, lo discursivo*), pero esto en un plano necesariamente general y abstracto que no admite una aplicación empírica directa. No obstante, en la medida en que en tal esquema entran en juego diferentes disciplinas, pero sobre todo niveles fenoménicos distintos, establecer esas relaciones es en sí mismo un aporte importante. De ahí la necesidad de complementar a ese esquema las discusiones que se dan hacia adentro de cada uno de los campos que articula y postular una definición específica de *lo cognitivo, lo social y lo discursivo* que contribuya y retroalimente la definición de lo ideológico. A estas teorías más puntuales sí les es exigible la mayor precisión en la definición de sus unidades de análisis y las variables que las definen. De esta forma, la caracterización general de lo ideológico se ve enriquecida por dispositivos teóricos de mayor precisión conceptual y más riqueza operativa.

La distinción entre teoría y metodología tiende a hacerse difusa en algunos contextos, o mejor dicho, a determinados niveles³. Justamente, en el plano de estas teorías más específicas que incorporamos en nuestro marco teórico general es menester establecer un recorte relacionado con el tipo de insumo con que se trabaja. Entrando de lleno en el terreno pantanoso de una discusión clásica en las disciplinas relacionadas con el lenguaje, nosotros debemos establecer que nuestros insumos (y entiéndase aquí la forma en que construimos nuestros datos en relación con cierta problemática definida teóricamente⁴), son textuales. Es decir, nosotros nos concentramos, por las particularidades de nuestras temáticas y enfoque teórico, en el discurso en su dimensión de producto textual antes que en su dimensión de práctica o realización⁵. La

² En estas propuestas asumimos una definición de teoría como una red de conceptos antes que como un conjunto de axiomas, según la definición de la llamada teoría estructuralista de la ciencia. Ver Schweizer 1998.

³ Ver Samaja 1999

⁴ *Ibid.* Específicamente para el marco metodológico de abordaje de contenidos que utilizamos ver Krippendorff 1990.

⁵ Ver la distinción que establece van Dijk (1999: 246). Las formas de referir a esta dicotomía —y de resolverla— varía según los distintos marcos teóricos y hasta las disciplinas. El planteo de van Dijk, al provenir de la tradición de análisis crítico del discurso (véase van Dijk 1993), da cuenta de ambas dimensiones. Sin embargo,

elección de las teorías que planteamos a continuación refleja en parte este recorte de índole metodológico ya que ambas se concentran en el producto textual del acto discursivo. Dentro de los lineamientos dados por van Dijk para el análisis del discurso comenzamos por indagar dos aspectos fundamentales: la lexicalización y las macroestructuras semánticas en relación con los modelos de acontecimiento.

Teoría de la Argumentación

Por razones de extensión vamos a concentrarnos directamente en los puntos de la Teoría de la Argumentación en la Lengua que nos permiten articular con nuestro marco general, antes que hacer un recorrido general por el planteo⁶.

En primer lugar conviene destacar que la teoría tiene una filiación estructuralista, lo que implica un abordaje del problema de la argumentación desde el lenguaje mismo, atendiendo a sus diversos niveles, pero sin atender deliberadamente a estructuras externas, la realidad a la que refiere o el contexto en el que se produce la enunciación. Es decir, es estrictamente una teoría de la argumentación *en* la lengua.

La teoría parte de establecer que la lengua es por naturaleza argumentativa —antes que informativa o descriptiva— y que en el plano semántico debe diferenciarse sentido y significación, siendo el segundo una serie de instrucciones acerca de cómo asociar el primero a cierto enunciado. Un enunciado está en relación con un segundo enunciado, implícito o explícito, que completa el sentido de lo que se está queriendo decir. Esa relación entre dos términos constituye un *topos*, bajo determinadas características. En primer lugar, es universal en el sentido de que es aceptado por la comunidad lingüística de la que locutor y alocutario forman parte. En segundo lugar, es general en tanto vale para la situación específica de habla y para otras muchas que le son análogas. Por último, es gradual ya que establece una relación gradual entre dos entidades que son en sí propias graduales. Aquí la idea de gradualidad no tiene que ver con una relación de correspondencia grado-a-grado entre esos dos predicados, sino a que admite diversos niveles de fuerza en su aplicación. Cada *topos* tiene dos formas tópicas, cada una de ellas con su forma positiva y negativa. En el siguiente ejemplo, tomado

queremos remarcar que el abordaje del discurso como “producto textual” o “proceso de interacción social” es una distinción válida en términos analíticos y la ponderación de ella es potestad del investigador. No obstante, huelga aclarar que el fenómeno *es* en sí mismo ambas cosas —y tantas otras— y no deben confundirse los *tipos lógicos*: lo que el investigador establece analíticamente y lo que el fenómeno es. Ver Bateson 1981.

⁶ Para un recorrido sucinto y completo de la teoría ver García Negroni 1998.

de García Negroni (1998), donde ambos términos están asertados:

FT1: *Está lindo, ¡vayamos a la playa!*

FT2: *No está lindo, no vayamos a la playa.*

en ambos casos el topos es el mismo, siendo los metapredicados “estar lindo” e “ir a la playa”.

A su vez, cada forma tópica de las presentadas podría tener su contraria:

FT1': *Está lindo, no vayamos a la playa*

FT2': *No está lindo, (pero) vayamos a la playa.*

El carácter argumentativo implícito de los enunciados se manifiesta también en el plano lexical. Las palabras no remiten entonces a un significado objetivo, sino que en función de la estructura tópica en que se encadenan adquieren un sentido *y no otro*. En definitiva, las palabras son en sí mismas haces de topos que en su encadenamiento habilitan ciertos discursos sobre lo que designan. Esto supone la distinción entre topos intrínsecos, aquellos que se ubican en el plano lexical y que ya suponen un rango de discursos pasibles de ser asociados al enunciado, y topos extrínsecos, que son aquellos al nivel del enunciado.

La articulación de estos postulados con una teoría de la ideología se manifiesta en este punto en torno a la idea de *aprehensión argumentativa*. Recordando que una de las características del topos es su carácter compartido, este concepto hace hincapié en el recorte que el locutor realiza de la realidad al momento de estructurar ciertos encadenamientos tópicos (*y no otros*) tanto a nivel del enunciado como al nivel lexical. Esto no significa una correspondencia directa entre un enunciado y una cierta representación, sino más bien un rango de lineamientos que nos permiten deslindar la direccionalidad del sentido a partir del enunciado.

La hipótesis que podríamos arriesgar a esta altura y que subyace a esta articulación es que ahondando en la estructura misma del discurso, en el plano del enunciado y del léxico, es posible acceder a unidades de sentido con valor argumentativo, las formas tópicas, que bien pueden tomarse como constituyentes de una determinada representación social, es decir, a enunciaciones de creencia. Así como los topos cumplen una función análoga a la de los axiomas en un sistema formal (García Negroni 1998: 29), puestos en la estructura cognitiva de las creencias definida por van Dijk, pueden ser postulados como las creencias fácticas y evaluativas que constituyen una determinada representación social o, incluso, la ideología

según el orden de la realidad al que refieran. Las sucesivas implementaciones de este armado conceptual darán cuenta de la validez de esta hipótesis.

En este punto surge la posibilidad de utilizar el ARD como herramienta para representar y analizar formalmente el discurso en términos de encadenamientos tópicos. Los diferentes parámetros de análisis de redes nos pueden ayudar a testear hipótesis específicas en torno a la idea de que desde el plano del léxico hasta el de las macroestructuras de la producción discursiva interviene lo ideológico. Ya que el desarrollo concreto del ARD no es el tema de esta ponencia, diremos por ahora que la teoría de la Argumentación en la Lengua por un lado entronca en la teoría general sobre la ideología a partir de la idea de aprehensión argumentativa, y por el otro nos provee de una matriz de unidades de análisis y variables que sirven de insumo metodológico del ARD⁷.

Teoría de la narrativa

La teoría de la narrativa nos presenta una forma simple y exhaustiva de abordar insumos textuales, tomados como textos narrativos. Es decir, nos brinda los elementos analíticos para estudiar el aspecto narrativo de un texto. Una primera distinción, postulada por Bal (2001), pasa por establecer los tres niveles intervinientes en esta perspectiva. En un sentido de abstracción de menos a más, en primer lugar se encuentra el *texto narrativo*, siendo cualquier texto en el que un agente relata una narración. En segundo lugar, dicha narración implica la representación de una *historia*, siendo esta la forma específica en que se presenta una estructura fundamental de acontecimientos que se relacionan en términos lógicos y cronológicos que son causados o experimentados por unos actores. Este es el tercer elemento, la *fábula* (2001: 13). De este modo, una determinada fábula —el núcleo central de hechos y actores— se puede representar de diversas formas específicas en diferentes historias, las cuales se plasman en un texto narrativo. Bal insiste en la necesidad de tener en claro la distinción anterior de forma tal de no confundir atributos de cada nivel, ya que es a partir de esto que se estructura el abordaje narrativo. Para cada uno de estos niveles se despliega un sistema de categorías de análisis y variables que permite dar cuenta de él, al mismo tiempo que se estipulan las relaciones entre ellos. Antes que desarrollar en detalle este esquema — donde destacan las nociones de acontecimiento, actor, lugar, narrador, etc. — iremos directamente al aporte que éste puede significar en términos del estudio de lo ideológico en

⁷ Para otras aplicaciones de ARD y Teoría de la Argumentación en la Lengua ver Martí 2000.

textos narrativos.

En nuestro caso encontramos varias líneas de aplicación al estudio de la ideología en la propuesta de van Dijk, teniendo en cuenta que trabajamos con insumos textuales (entrevistas, notas periodísticas, letras de canciones, etc.). Podríamos postular a modo de hipótesis una simetría entre el concepto de fábula como lo emplea Bal, y la idea de modelo de acontecimiento, central en el planteo de van Dijk. Esa convergencia conceptual se manifiesta en que en ambos conceptos la idea central es la de una forma abstracta de representación de acciones y experiencias de ciertos actores, por parte del sujeto. Esta representación abstracta, el modelo, se plasma luego en una historia, es decir, una forma concreta de representación de ese modelo, con un grado de abstracción menor y atenta a cuestiones relativas al contexto. Finalmente, la forma en que podemos abordar esto no es sino un determinado texto narrativo. De esta manera, podemos complementar los dos esquemas conceptuales: el núcleo más abstracto —la fábula o el modelo de acontecimiento— es plasmado en una historia cuya especificidad se desprende del contexto (recordemos que en el planteo de van Dijk la producción de discurso de articula a partir de 3 módulos, siendo el módulo pragmático el que regula *lo que se dice* en función del contexto). El esquema analítico de Bal nos permite, entonces, abordar desde el texto narrativo la historia que representa y, a partir de esta, reconstruir el modelo de acontecimiento que la sustenta. Así logramos establecer un trayecto de análisis desde el texto narrativo al elemento ideológico que encarna.

Nuevamente, esta teoría tomada como teoría de rango medio organiza el abordaje de lo ideológico desde un registro empírico determinado. En un movimiento doble, se ubica como dispositivo analítico que nos permite dar cuenta de los modelos de acontecimiento que el enunciador está poniendo en juego desde el aspecto narrativo de un texto y nos suministra las específicas unidades de análisis y variables que se requieren en términos metodológicos para su estudio.

A modo de conclusión

En las páginas precedentes hemos recorrido el marco teórico que orienta nuestras exploraciones en el campo aún novedoso del ARD. Esperamos haber dado una semblanza completa de nuestra concepción de la ideología a partir de la teoría de van Dijk y confiamos en haber rescatado sus fortalezas así como haber planteado sus debilidades, tomadas como desafíos en torno a la posibilidad de articular otras teorías. En ese sentido, hemos planteado

algunas hipótesis para aprovechar el potencial de la teoría de la Argumentación en la Lengua y la teoría de la Narrativa en el estudio de lo ideológico. Con la seguridad de que surgirán nuevas ideas y preguntas, será en el trabajo que estamos realizando como equipo de investigación y que seguiremos adelante, donde se podrán encontrar respuestas al interrogante sobre su productividad y rigor científico, así como la utilidad del conocimiento que nos procuren.

Específicamente, creemos haber esbozado interesantes lineamientos para enriquecer el marco general. La noción de teoría de rango medio ha guiado este trabajo pudiendo emplazar las teorías propuestas entre la descripción de grandes fenómenos —el nivel de la ideología, la cognición, el discurso— y la descripción minuciosa de fenómenos relativos al discurso, cada una con su específico recorte. Este doble movimiento de articulación con la teoría general y de descripción minuciosa de un aspecto del fenómeno que ella aborda, es lo que hemos buscado poner de manifiesto. Como resultado, queda un dispositivo analítico de gran riqueza del que se sirve el ARD para sumar en posibilidades de tratamiento formal de los insumos lingüísticos.

Bibliografía citada

- Bal, Mieke 2001, *Teoría de la narrativa (una introducción a la narratología)*, Cátedra, Madrid.
- Bateson, Gregory 1981, *Espíritu, naturaleza y cultura*, Buenos Aires, Amorrortu.
- García Negroni, M. 1998 “La Teoría de la Argumentación en la Lengua: presupuestos teóricos”, en *Signo y seña*, N° 9.
- Krippendorf, K. 1990, *Metodología de análisis de contenidos, teoría y práctica*, Paidós, Buenos Aires.
- Martí, J. 2000, *Formació i ocupació en el discurs dels treballadors. Una proposta metodològica*. Universitat Autònoma de Barcelona, Departament de Sociologia. Tesis doctoral.
- Samaja, J. 1999 *Epistemología y metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Schweizer, T. 1998 “Epistemology: the Nature and Validation of Anthropological Knowledge”, en *Handbook of Methods in Cultural Anthropology*, Altamira Press, Londres.
- van Dijk, Teun 1993, “Principles of critical discourse analysis” en *Discourse and Society* 4 (2): 243-89
- van Dijk, Teun A. 1999, *Ideología, un enfoque multidisciplinario*, Gedisa, Barcelona.